

WIFREDO LAM

Esperamos a que Adela abriera la puerta. Feijoó no dejaba de hablar y precisaba por cuarta vez la fecha en que nos veríamos en Cienfuegos, el mes próximo. Estábamos en la casa de Wifredo Lam y Adela abrió la puerta.

Ella fue un golpe de lo que me esperaba aquella tarde. La pintura de Lam ha sido para mí un mundo desconocido y lleno de pequeños terrores y sorpresas. No conocía al Maestro y estaba nervioso y, quizás, un poco emocionado.

Entonces Adela abrió la puerta y no dijo nada. Movi6 la cabeza en un gesto de bienvenida. Sus ojos, con los párpados casi unidos, fotocopiaban nuestros cuerpos, despedaban nuestra presencia y nos lanzaban un río de odio y desprecio. Pequeña, gorda, de vestidos enormes, holgados y con pliegues, el cuello enlazado de collares, abalorios desconocidos para mí —dientes de cobra y tiburón—, el pelo lacio y de color indefinido. Este era el guardián de Wifredo Lam. En su español francés mapuche inglés chileno norteamericano nos dijo, al fin, que no podíamos entrar con grabadoras. Miré la que llevaba en la mano y le dije —Por supuesto, ya usted nos lo había dicho cuando hablamos por teléfono. Hemos venido sin equipos de grabación y sin máquinas de fotografiar.

Ella miró nuevamente la grabadora y dijo ¡UJU! moviendo su vientre, los collares más largos y la puerta de entrada.

Sentados, vimos con tristeza que Lam no pudo venir, lo trajeron. En su silla de ruedas era la imagen terrible de un ídolo suspicaz. La pelambre canosa y revuelta. Las manos mágicas, dueñas del rayo de la creación, descansando sobre los muslos. El rostro lleno de pecas y los ojos llenos de luz, de colores creados y por crear.

Sentí la alegría que él sintió al ver a Samuel Feijóo. Samuel lo saludó como si hubieran estado juntos ayer por la mañana en una de las barberías de Sagua la Grande. Fue una conversación de igual a igual, donde Lam se enteraba de que Samuel no le tenía lástima, se enteraba de chismes e invenciones sensacionales sobre viejos conocidos vivos y muertos, sobre viajes realizados y por realizar. Hablaron de la parálisis como hablan dos amigos sobre el catarro o la artritis. Supe que yo no estaba allí, que no los molestaba y que asistía, como el alma de un fantasma invisible, a la conjunción de dos hombres grandes, opuestos, seguros de sus respectivas potencias y tranquilos el uno del otro.

Feijóo dibujó un animal de seis patas sobre una hoja blanca. La cabeza podía tener cierta semejanza con Lam. Hizo un globo a la manera de los comics y ayudó lo indispensable a Wifredo para que pudiera utilizar los plumones que, sorprendentemente, empuñaba en su mano sana. El maestro escribió en el globo: «Dónde estará Feijóo, si lo encuentro me lo como.» Luego dibujó una taza de inodoro en la parte de abajo de la hoja y vi cómo Samuel desaparecía en ella tragado por el agua turbulenta de la descarga. Así comen- zaron las risas, el choteo cubano, la burla. Se ponían temas, pies forzados, o simples sugerencias que luego respondían. Pintaron por más de una hora sin dejar de hablar. En ese espacio de tiempo Feijóo primero, y Lam después, me obli-

garon a hablar de este libro y del cuestionario, me obligaron a participar de su mundo de fábulas y viejos recuerdos.

Dibuja un ave de alas desplegadas que se escapan de la página. Uno teme que el animal rompa una porcelana al revolotear dentro de la sala, pero no, es la voz de viejo pintor que dice: «¿Quién certifica que debe tenerse talento para ser un artista? Ni Samuel ni yo lo tenemos. ¿No es verdad Samuel?»

-Yo nunca pensé que tú pudieras llegar.

Descubro un rayo en los ojos de Lam. Parece que ha llegado la tormenta y le pregunto: ¿Qué puede, según su experiencia, malograr el talento?

-No haberlo tenido nunca, mijo. Tener talento es generar luz. Yo creo que esa luz se acaba con la vida, si es que esta se acaba alguna vez.

Le pregunto qué es la belleza y no responde. Le pregunto si la ha encontrado a menudo en la vida y mira hacia la ventana y yo miro también y mira Samuel y Adela, que ha llegado con copas y ron, mira extrañada como si esperara la llegada de otro grupo de intrusos.

Por la ventana se ven los flamboyanes, la tarde que termina, una señora paseando a su nieto, el césped verde. Por la ventana se ve un trozo de cielo y volando, el ave que Lam pintó en la blanca hoja de papel.

-Aquí preguntas cuál es la obra maestra de la naturaleza y te voy a decir que muchas veces he pensado en ello. ¿Samuel, tú no has pensado en eso? Creo que la imaginación. Tú mismo, ¿qué crees de mi respuesta?

-¿Qué es la naturaleza? ¿Qué es la imaginación? -respondo.

Por un momento parece que se va a levantar. Samuel le alcanza los burros de aluminio y goma. Lam sonríe y hace un gesto con la mano.

—La naturaleza es la fuerza de todas las fuerzas. Está llena de imaginación. La imaginación es *Las Meninas*, la naturaleza es Velázquez.

Suena el teléfono. Es una llamada de París. Lam habla con su mujer. Descubro que él también utiliza un idioma como el de Adela. Dice palabras en francés que me parecen conocidas de siempre. Utiliza el español, creo entender que hablan de dos cuadros. Ella los va a vender a una casa reinante de Europa. Él asiente «ses tu problem, ¿cómo?, güí, güí, ¿cómo?» y se despiden con frases íntimas.

Como tiene el cuestionario en las manos, lee para disimular la emoción.

—Con paciencia te lo voy a responder todo. Préstame las respuestas de Eliseo y de Moreno Fragnals, me han dicho que son brillante. Dame también las de Samuel. Voy a hacer todo lo contrario a lo que haya hecho el loco este. Pero quisiera hablarte de esta parte de los misterios de la vida.

—La vida está llena de misterios —dice Feijóo.

—¿Quién puede borrar los misterios que hereda? Yo me he creado casi tantos misterios como los que heredé. Últimamente he conocido el misterio de la soledad. Pienso que todo regresa, todo vuelve al punto inicial. Mi padre estaba horas y horas solo, sin hablar mirando al interior de sí mismo. Ese es otro misterio. Con el paso de la vida yo me he aproximado a él.

—¿Cuál ha sido el sentido de su vida? —le digo.

La pregunta ha creado una atmósfera que nos une. Siento que aprueba la relación sorpresiva que se ha establecido y busca en el texto ese renglón interrogante.

-Creo que trabajar, creo que triunfar. Creer en la vida. Es un tema interminable. La vida, o el sentido de la vida, cambia para cada grupo de hombres. Un africano tiene una concepción diferente del sentido de la vida, un hombre del Caribe, un asiático.

-El amor, el gran amor, debía haber sido el sentido de la vida de cada hombre -dice Samuel.

-Pero no lo ha sido. Y te voy a decir que no creo tanto así. Si fuera el amor en combate, el amor en la lucha. Mucha gente ama con desespero el bienestar, la tranquilidad. Oye, y por ahí se anda el camino de la mediocridad.

-Pero, amar, esencialmente hablando, ¿es malo? -digo.

-Claro que no. Por aquí preguntas si creo en la amistad. Enseguida recordé a Picasso y también recordé a mis amigos de la infancia. Pero es que también recordé a los que me traicionaron. ¿Qué tú crees, se puede amar también al odio?

-Se puede -dijo y me muerdo la lengua.

-Yo creo que sí. Todo se puede.

Le traen pastillas. Protesta entre dientes y las toma. Le devuelve a Feijóo los plumones y las hojas en blanco.

-Casi seguro que no te voy a responder esta lista de preferencias. Deja ver. Si me embullo sí. Lo del deporte sí te lo puedo responder, es la pelota.

-¿Cuándo vio su último juego de pelota? -pregunto.

-Mira, a mí me gusta tanto la pelota como el mamey. El mamey tiene un imán que me atrae. Bueno, eso fue hace tiempo.

-¿Usted une a estos recuerdos los momentos más hermosos de su existencia?

-Para unas cosas sí, para otras no. España es una época muy hermosa y terrible para mí. La soledad de la creación.

Porque la soledad de la creación tiene ese doble tono gris claro que nos sumerge en la incertidumbre. Por una parte la alegría de descubrir nuevas ideas, por otra parte la tristeza del fracaso siempre próximo. ¿Tú no has tenido estos encuentros?

—La vida es miedo, Wifredo. Yo he sido un hombre lleno de miedos y de luchas permanente contra el miedo —le responde Feijóo.

—Mi vida ha estado llena de símbolos.

—¿Usted cree en la inspiración?

—Claro. La inspiración y los símbolos. La esencia de la realidad y la huella que ella deja en la abstracción. La inspiración puede venir como un golpe o como una corriente que fluye lentamente.

Creo descubrir síntomas de cansancio —quizás de aburrimiento o nostalgia— en el rostro de Wifredo Lam. Pero no he tratado con él el tema de la muerte. Para ser justos, había establecido un compromiso con Samuel Feijóo para evitar este tema.

—Roa nos dijo que la muerte es un accidente irremediable. Yo lo creo así, ¿y usted?

En la sala no se escuchan los viejos sonidos, familiares ya, y en la casa toda reina un silencio sospechoso. Comprendo que Samuel tenía razón y me levanto. Nos despedimos. Lam me llama, y regreso.

—Ve a verme al hospital el miércoles. Llama antes a Adela. Allí terminaremos de responder el cuestionario.

Nunca fui. No terminó de responder mi cuestionario. Lam es ya parte de la historia universal. Quién sabe si alguna vez, en algún lugar no previsto, podamos encontrarnos para hablar, con conocimiento de causa, sobre el largo misterio de la muerte.